

Rudyard
Kipling

EL HOMBRE
QUE PUDO
REINAR

Ilustraciones de
Fernando Vicente

Traducción de
Enrique Maldonado



El hombre que pudo reinar trata de dos aventureros británicos en la India que se convierten en reyes de Kafiristán, una parte remota de Afganistán. La historia está inspirada en las hazañas de James Brooke, un inglés que se convirtió en el primer rajá de Sarawak en Borneo y en los viajes del aventurero estadounidense Josiah Harlan, a quien le fue concedido el título de Príncipe de Ghor a perpetuidad para él y sus descendientes.

En 1975 fue adaptada por el director John Huston en la película del mismo nombre, protagonizada por Sean Connery y Michael Caine como los aventureros y Christopher Plummer como Kipling.

Esta novela corta, considerada una de las mejores de Kipling, ha sido genialmente ilustrada por Fernando Vicente.

*Hermano del príncipe y compañero
del mendigo en caso de merecerlo.^[1]*

La Ley, tal y como está formulada, establece una conducta vital justa, algo que no es sencillo mantener. He sido compañero de un mendigo una y otra vez, en circunstancias que impedían que ninguno de los dos supiéramos si el otro lo merecía. Todavía he de ser hermano de un príncipe, si bien una vez estuve próximo a establecer una relación de amistad con alguien que podría haber sido un verdadero rey y me prometieron la instauración de un reino: ejército, juzgados, impuestos y policía, todo incluido. Sin embargo, hoy, mucho me temo que mi rey esté muerto y que si deseo una corona deberé ir a buscarla yo mismo.

Todo comenzó en un vagón de tren que se dirigía a Mhow desde Ajmer. Se había producido un déficit presupuestario que me obligó a viajar no ya en segunda clase, que sólo es ligeramente menos distinguida que la primera, sino en intermedia, algo verdaderamente terrible. No hay cojines en la clase intermedia y la población es bien intermedia; es decir, euroasiática o bien nativa, lo cual para un largo viaje nocturno es desagradable; mención aparte merecen los haraganes, divertidos pero enloquecedores. Los usuarios de la clase intermedia no frecuentan los vagones cafetería; portan sus alimentos en fardos y cacerolas, compran dulces a los vendedores nativos de golosinas y beben el agua de las fuentes junto a las vías. Es por esto por lo que en la temporada de calor los *intermedios* acaban saliendo de los vagones en ataúd y, sea cual sea la climatología, se les observa, motivos hay, con desdén.

Mi vagón intermedio resultó ir vacío hasta que alcancé Nasirabad, cuando entró en mangas de camisa un gigan-

tesco caballero de oscuras cejas y, siguiendo la costumbre de los intermedios, comenzó a charlar conmigo. Era un viajero y un vagabundo como yo mismo, aunque con un educado paladar para el *whisky*. Contaba historias sobre cosas que había visto y hecho, de los rincones recónditos del Imperio en los que había penetrado y de aventuras en las que arriesgaba su vida por comida para un par de días.

—Si la India estuviera llena de hombres como usted y como yo, que desconocen en igual medida que los cuervos dónde conseguirán su sustento para el día siguiente, no serían setenta millones los impuestos que esta tierra estaría pagando: serían setecientos —pronunció.

Observando su boca y su mentón, me sentí inclinado a mostrarme de acuerdo.

Charlamos sobre política (la política de la vagancia, que analiza las cosas desde su reverso, en el que la madera y el yeso no están pulidos) y comentamos el funcionamiento del servicio postal, debido a que mi amigo quería enviar un telegrama desde la siguiente estación a Ajmer, que ejerce de conexión entre la línea de Bombay y la de Mhow en los desplazamientos hacia el oeste. Mi amigo no tenía más capital que ocho exiguos *annas*, los cuales deseaba destinar a la cena, mientras que yo no contaba con dinero en absoluto a causa de las complicaciones presupuestarias mencionadas anteriormente. A todo esto se sumaba que yo me dirigía a una zona agreste en la que, si bien volvería a entablar contacto con el Tesoro, no existían oficinas de telégrafos. Me era, por tanto, imposible auxiliarlo en modo alguno.

—Podemos amenazar a un jefe de estación y obligarlo a que envíe el mensaje a crédito —propuso mi amigo—, pero esto significaría un interrogatorio sobre ambos y ando bastante ocupado estos días. ¿Dice que regresará por esta misma línea en unos días?



—En diez días —respondí.

—¿No pueden ser ocho? Se trata de una cuestión bastante urgente.

—Puedo enviar su telegrama dentro de diez días, si eso le es de utilidad —propuse.

—No puedo confiar en que el cable le llegue, ahora que lo pienso. La situación es esta: saldrá de Delhi para Bombay el día 23. Eso significa que atravesará Ajmer en torno a la madrugada ese mismo día.

—Pero yo me dirijo al Gran Desierto Indio —le expliqué.

—Muy bien —asintió—. Usted cambiará de tren en la intersección de Marwar para entrar en territorio de Jodhpur. Tiene por fuerza que pasar por ahí. Por su parte, él llegará a la intersección de Marwar a primera hora de la mañana del día 24 a bordo del Bombay Mail. ¿Podría usted estar en Marwar a esa hora? No le supondrá un problema puesto que sé que son pocas las gangas que merecen la pena en esos estados centrales de la India..., incluso si finge ser co-responsal del *Backwoodsman*.^[2]

—¿Ha intentado usted ese truco en alguna ocasión?

—Una y otra vez; lo que pasa es que los funcionarios residentes terminan por descubrirlo y uno acaba escoltado hasta la frontera antes de que pueda clavarles un cuchillo. Pero volvamos a mi amigo. Necesito, me es imprescindible, transmitirle algo de boca a boca para que comprenda qué me ha sucedido; de lo contrario no sabrá adónde dirigirse. Sería un gesto más que amable por su parte si usted saliera de los estados centrales a tiempo para encontrarse con él en la intersección de Marwar y le dijera: «Se ha marchado al sur a pasar la semana». Él sabrá qué significa. Es un hombre corpulento, con la barba pelirroja, y de lo más elegante. Lo encontrará dormido como un caballero, con todo el equipaje colocado a su alrededor, en un compartimento de segunda clase. Pero no tema. Baje la ventanilla y diga: «Se ha marchado al sur a pasar la semana». Él comprenderá. Sólo le supone reducir su estancia en esas tierras dos días. Se lo pido como un desconocido... que se dirige al oeste —pronunció con especial énfasis en las últimas palabras.

—¿Usted de dónde viene? —le pregunté.

—Del este. Y espero que le haga llegar el mensaje en la Plaza... por el bien de mi Madre, así como de la suya.

Los caballeros ingleses no se ven fácilmente conmovidos por la memoria de sus madres; no obstante, por ciertos motivos que quedarán completamente aclarados, consideré oportuno aceptar.

—La cuestión no es banal —dijo—; por eso le pido que lo haga... y ahora sé que puedo fiarme de que así será. Un vagón de segunda clase en la intersección de Marwar y un hombre pelirrojo dormido en su interior. Asegúrese de recordarlo. Yo me apeo en la próxima estación y deberé permanecer allí hasta que él llegue o hasta que me envíe lo que preciso.

—Le transmitiré el mensaje si lo encuentro —concedí—, y por el bien de su Madre, así como por el de la mía, le advertiré algo: no intente recorrer los estados centrales de la India en este momento como corresponsal del *Backwoods-*

man. Hay uno verdadero por esta zona y le puede acarrear problemas.

—Gracias —dijo sencillamente—; ¿y cuándo se marchará ese canalla? No puedo permitir morirme de hambre porque me esté arruinando el trabajo. Quiero atrapar al rajá de Degumber por lo que hizo con la viuda de su padre y darle un buen susto.

—¿Qué fue lo que hizo con la viuda de su padre?

—La atiborró de guindillas y la mató a zapatillazos colgada de una viga. Lo he descubierto y soy el único hombre que se atrevería a internarse en ese estado para conseguir una mordida.

Intentarán envenenarme, igual que hicieron en Chor-tumna cuando fui allí a saquear. Pero ¿le transmitiré mi mensaje al hombre de la intersección de Marwar?

Mi compañero se apeó en una pequeña estación secundaria y yo quedé pensativo. Había oído en más de una ocasión historias de hombres que se hacían pasar por corresponsales de periódicos y extorsionaban a los pequeños estados nativos, amenazándolos con airear determinadas cuestiones, pero nunca antes me había encontrado con alguien de esta calaña. Soportan una vida dura y generalmente mueren con gran celeridad. Los estados nativos tienen un terror absoluto a los diarios ingleses, que pueden arrojar luz sobre sus peculiares métodos de gobierno, por lo que hacen cuanto pueden por ahogar a los corresponsales en champán o volverlos completamente locos con carros tirados por cuatro caballos. No entienden que a nadie le importa un bledo la administración interna de los estados nativos, siempre y cuando la opresión y la criminalidad se mantengan dentro de unos límites decentes y el gobernante no permanezca drogado, borracho o enfermo del primer al último mes del año. Los estados nativos fueron creados por la Providencia con el objetivo de facilitar paisajes pintorescos, tigres y cuentos fantásticos. Son los rincones oscuros de la Tierra, de una crueldad inimaginable, con un

pie en el ferrocarril y el telégrafo y el otro en los días de Harún al-Rashid.^[3]

Cuando dejé el tren, entablé negocios con varios reyes y en ocho días se sucedieron numerosos cambios de vida. En ocasiones, vestía prendas de lujo y me asociaba con príncipes y políticos, utilizaba copas de fino cristal y cubiertos de plata. En otros momentos, quedaba en el suelo y devoraba lo que podía conseguir, en un plato que no era más que una torta de harina, mientras bebía de las fuentes y dormía bajo la misma manta que mi sirviente. Todo en un mismo día de trabajo.



Más tarde me dirigí hacia el Gran Desierto indio en la fecha acordada, tal y como había prometido, y el correo nocturno me depositó en la intersección de Marwar, donde un pequeño tren, peculiar, desenfadado y gestionado por

nativos, comunica con Jodhpur. El Correo de Bombay que procede de Delhi realiza una corta parada en Marwar. Entró en la estación a la vez que yo y tuve el tiempo justo para correr hasta su andén y recorrer los vagones. Sólo había uno de segunda clase en el convoy. Bajé la ventanilla y observé una llameante barba pelirroja, medio oculta por una manta de viaje. Aquél era mi hombre, pero estaba profundamente dormido, por lo que lo sacudí con suavidad en las costillas. Se despertó con un gruñido y pude ver su rostro a la luz de las lamparillas. Era un rostro soberbio y brillante.

—¿El billete otra vez? —protestó.

—No. Estoy aquí para decirle que él se ha marchado al sur a pasar la semana. ¡Se ha marchado al sur a pasar la semana!

El tren comenzó a moverse. El hombre pelirrojo se frotó los ojos.

—Se ha marchado al sur a pasar la semana —repitió—. Vaya, muy propio de su insolencia. ¿Le dijo que yo le pagaría algo?... Porque no pienso hacerlo.

—No dijo nada de eso —respondí y quedé atrás.

Observé las luces rojas morir en la oscuridad. El frío era terrible porque el viento soplaba desde las dunas. Subí a mi tren (no a un vagón intermedio en esta ocasión) y me quedé dormido.

Si el hombre de la barba me hubiera entregado una rupia, la habría conservado como recuerdo de una historia bastante curiosa. Sin embargo, la conciencia de haber cumplido con mi obligación fue mi única recompensa.

Tiempo después pensé que dos caballeros como mis amigos no podían hacer ningún bien si se asociaban y se hacían pasar por corresponsales de periódicos. Podrían además, si *desconcertaban* uno de los pequeños estados trampa de India Central o del sur de Rajputana, meterse en serios problemas. Así pues, me esforcé en describirlos, tan fielmente como fui capaz de recordar, a personas que podrían estar interesadas en deportarlos. Logré, así me infor-

maron más adelante, que los hicieran dar media vuelta en las fronteras de Degumber.

Pasado un tiempo, me convertí en alguien respetable y regresé a una oficina en la que no había reyes ni otros incidentes que los propios de la manufactura diaria de un periódico. La redacción de un diario parece atraer a todo tipo imaginable de personas, para perjuicio de la disciplina: aparecen damas de las misiones Zenana^[4] y ruegan al editor que abandone de inmediato todas sus obligaciones para cubrir una entrega de premios cristianos en un suburbio oscuro de una localidad completamente inaccesible; coroneles que se han visto adelantados en las promociones militares toman asiento y esbozan una serie de diez, doce o veinticuatro artículos centrales en los que se analiza la prevalencia de la antigüedad sobre los méritos; misioneros desean saber por qué no se les ha permitido disfrutar del patronazgo especial que supone el anonimato de un editorial, para así poder variar sus estrategias habituales de abuso y maldición hacia un hermano de su misma orden; compañías teatrales perdidas entran en tropel para explicar que no pueden pagar sus anuncios, pero que a su regreso de Nueva Zelanda o Tahití lo harán con intereses; inventores de máquinas patentadas para agitar un abano, enganches para carros, espadas y ejes irrompibles aparecen con especificaciones técnicas en los bolsillos y horas y horas sin nada mejor que hacer; empresas del té entran y elaboran sus prospectos con las plumas de la oficina; secretarias de comités organizadores de bailes claman por tener las glorias de su último encuentro expuestas más extensamente; extrañas mujeres entran con su peculiar frufrú y dicen: «Quiero cien tarjetas de dama impresas. De inmediato, por favor», lo que es claramente parte de las obligaciones de un editor...; y todo rufián disoluto que jamás haya recorrido la

Grand Trunk Road^[5] se detiene a pedir trabajo como corrector. Entretanto, en todo momento, el teléfono suena como loco, mueren asesinados reyes en el continente, los imperios dicen: «Y tú más», el primer ministro Gladstone arroja maldiciones sobre los dominios británicos y los chiquillos negros que hacen de copistas gimen «*kaa-pi-chay-ha-yeh*» («necesito una copia») como abejas agotadas, mientras que la mayor parte del papel permanece en blanco como el escudo de Mordred.^[6]

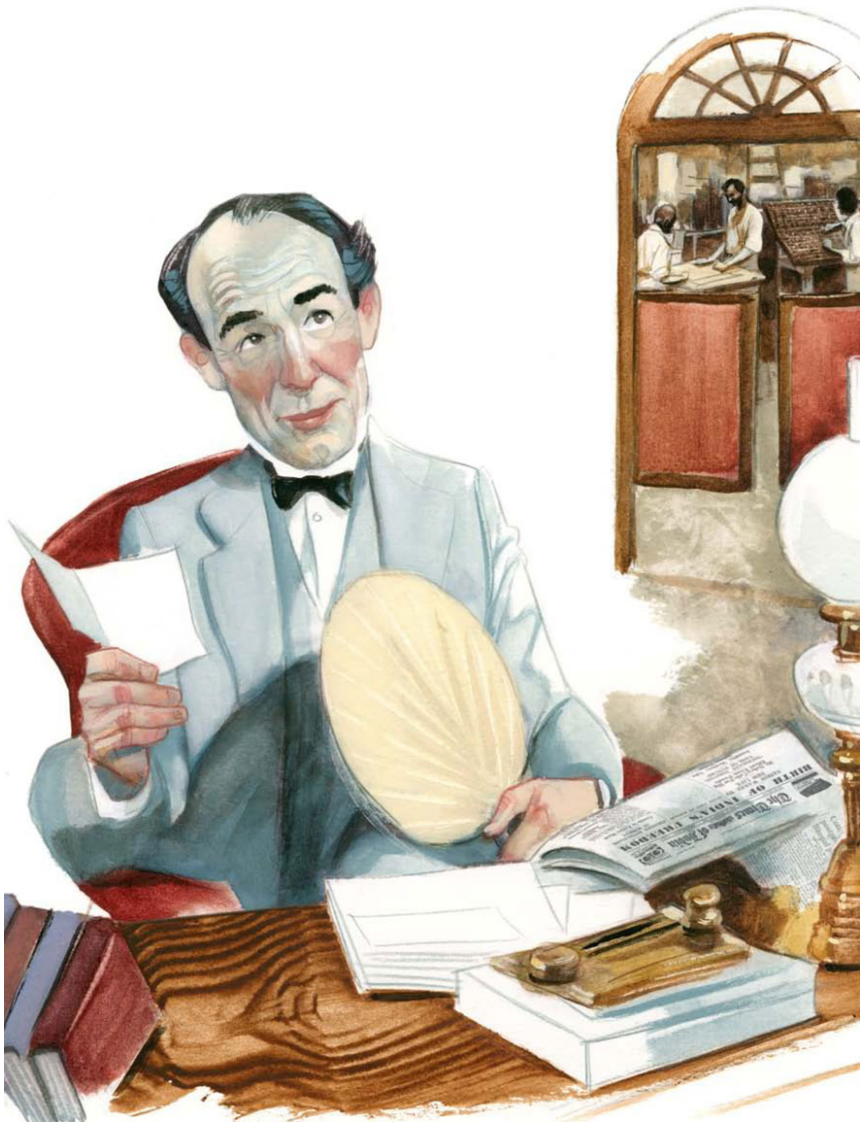
Pero esa es la parte divertida del año. Hay otros seis meses en los que jamás nadie realiza una visita y el termómetro avanza centímetro a centímetro hasta la cima del cristal, la oficina se sume en la oscuridad hasta el límite que permite leer, las prensas están al rojo vivo sin siquiera tocarlas y nadie escribe otra cosa que no sean crónicas de los entretenimientos en los centros vacacionales de montaña o notas necrológicas. En esos días, el teléfono se convierte en una pesadilla tintineante, pues habla de la repentina muerte de hombres y mujeres a los que uno conocía personalmente, y con la miliaria extendida por todo el cuerpo como una prenda de ropa, uno se sienta y escribe: «Las autoridades informan de un ligero incremento de las enfermedades en el distrito Khuda Janta Khan.^[7] El brote es meramente esporádico en su naturaleza y, gracias a los denodados esfuerzos de los responsables del distrito, está prácticamente controlado. No obstante, con gran pesar, hemos de comunicar la muerte de...».

Entonces la enfermedad se desata verdaderamente y cuanto menos información se ofrezca, mejor para la paz de los suscriptores. Pero los imperios y los reyes continúan entreteniéndose a su manera, de forma tan egoísta como siempre, y el jefe piensa que un diario debe realmente publicarse cada veinticuatro horas, mientras que toda la gente que está en las montañas, en plena diversión, dice: «¡Santo Cielo! ¿Por qué no puede el periódico tener algo más de

chispa? Seguro que suceden montones de cosas aquí arriba».

Esta es la cara oscura de la luna y, como dicen los anuncios, «para poder apreciarlo, hay que vivirlo».

Fue en esta estación, una especialmente funesta, en la que el periódico comenzó a publicar su último número de la semana la noche del sábado, lo que en realidad significaba domingo por la mañana, siguiendo el modelo de un diario de Londres. Esta decisión resultó ser un gran alivio, puesto que en cuanto se cerraba la edición, el amanecer hacía descender la temperatura de los 36 a los 30 grados durante casi media hora, y en ese frescor (uno no sabe lo frescos que pueden llegar a ser 30 grados sobre la hierba hasta que comienza a rezar para que algo así suceda) un hombre verdaderamente cansado puede echarse a dormir antes de que el calor lo despierte.



Una noche de sábado fue mi placentera obligación cerrar la edición del periódico yo solo. Un rey, un cortesano, una cortesana o una comunidad iban a morir, a dotarse de una nueva constitución o a hacer algo que era importante en el otro extremo del mundo, por lo que la redacción de-

bía permanecer abierta hasta el último minuto posible para poder recibir el telegrama a tiempo. Era una noche cerrada y oscura, tan sofocante como puede ser una noche de junio, y el loo, el viento abrasador proveniente del oeste, soplabá entre los resecos árboles y simulaba que la lluvia le pisaba los talones. De cuando en cuando, una pizca de agua casi hirviendo caía sobre el polvo como una rana que se desploma, pero todo nuestro agotado mundo sabía que aquello no era más que fingimiento. El cuarto de máquinas era ligeramente más fresco que la redacción, así que me senté allí, mientras el mecanógrafo tecleaba, los chotacabras ululaban en las ventanas y los cajistas, prácticamente desnudos, se secaban el sudor de la frente y pedían agua. Aquello que nos seguía retrasando, fuera lo que fuera, no terminaba de llegar, si bien el loo se calmó y el último tipo, la última letra, fue colocado y toda la tierra quedó inmóvil en el asfixiante calor, con un dedo en los labios, esperando el acontecimiento. Yo quedé adormilado y me pregunté si el telégrafo era realmente una bendición y si este hombre moribundo o esa gente luchadora eran conscientes de las molestias que la espera estaba causando. No había motivo especial, más allá del calor y de la preocupación del trabajo, que generara tensión; sin embargo, cuando las manijas del reloj reptaron hasta las tres en punto y las máquinas pusieron en marcha los volantes dos y tres veces para comprobar que todo estaba en orden, justo antes de que yo pronunciara las palabras que las pondrían en marcha, me vi capaz de romper a gritar.

Poco después, el rugido y el traqueteo de los rodillos rompió el silencio en pequeños pedazos. Me levanté para marcharme, pero dos hombres vestidos de blanco se colocaron frente a mí. El primero dijo:

—¡Es él!

—¡Sí que lo es! —señaló el segundo.

Los dos comenzaron a reírse de forma casi tan estridente como el rugido de la maquinaria y se secaron la frente.

—Vimos desde el otro lado de la calle que había una luz encendida. Nosotros estábamos durmiendo en esa cuneta de allí para estar más frescos, así que le comenté aquí a mi amigo: «La oficina está abierta. Vamos a acercarnos y a charlar con él, ya que nos hizo salir del estado de Degumber» —dijo el más pequeño de los dos.

Era el hombre con el que me había encontrado en el tren de Mhow; su amigo era el tipo de la barba pelirroja del intercambiador de Marwar. Las cejas de uno y la barba del otro no dejaban lugar a la duda.

No me alegró verlos; yo quería irme a dormir, no reñir con haraganes.

—¿Qué es lo que quieren?

—Media hora de conversación con usted en un sitio fresco y cómodo, en la oficina —respondió el hombre de la barba pelirroja—. Nos gustaría beber algo... El Contrato no ha comenzado todavía, Peachey, así que no hace falta que lo mires... Aunque lo que realmente queremos es consejo. No necesitamos dinero. Se lo pedimos como un favor, porque usted nos hizo una jugarreta con aquello de Degumber.

Los guie desde la sala de máquinas hasta la asfixiante oficina, decorada con mapas en las paredes, y el pelirrojo se frotó las manos.

—Bien y rebién —dijo—. Este es el sitio en el que estar. Ahora, caballero, permítame que le presente al hermano Peachey Carnehan, que es él, y al hermano Daniel Dravot, que soy yo, y cuanto menos digamos sobre nuestras profesiones, mejor, puesto que hemos sido casi de todo a lo largo de nuestras vidas: soldados, marinos, compositores, fotógrafos, correctores, predicadores callejeros y corresponsales del *Backwoodsman* cuando pensamos que el periódico necesitaba uno. Carnehan está sobrio y lo mismo se puede decir de mí. Mírenos primero y verá que es cierto. Esto evitará que me interrumpa. Tomaremos uno de sus pu-